

GIULIANA SGRENA

Elecciones y continuidad en Argelia

En un clima de duras polémicas por la retirada de los seis candidatos de la oposición, el 15 de abril de este año, los argelinos votaron para elegir un nuevo presidente. Tras una presentación de las distintas fuerzas políticas, la autora analiza la situación que se ha creado a raíz de la elección de Abdelaziz Bouteflika, con la posible vuelta a un clima de partido único y, por tanto, con un proceso de involución democrática en el que no se vislumbran soluciones a los problemas de violencia que asolan este país.

Argelia tiene un nuevo presidente. La elección, el 15 de abril, de Abdelaziz Bouteflika, tras la dimisión del presidente Liamine Zeroual, era algo que se daba por hecho. Pero no faltaron golpes de efecto teatrales que dramatizaron la situación. La retirada, la víspera de las elecciones, de los seis candidatos de la oposición, que han acusado al régimen de manipulación de las mismas, ha puesto de manifiesto su disgregación y acentuado la fragilidad de un país, excesivamente castigado por siete años de terrorismo y una dramática situación económica.

Así, la votación se llevó a cabo en un clima de temores e incertidumbres, que se sumaron a la gran indiferencia y desilusión de la población, irritada por el continuo recurso a las urnas –las del 15 de abril eran las quintas elecciones celebradas desde 1995– sin que por ello se produzcan cambios tangibles.

La diferencia entre los programas de los distintos candidatos era apenas perceptible. Sobre el problema de la seguridad y el terrorismo la receta, con ligeras matizaciones, era básicamente la misma: reconciliación entre todos los argelinos, incluidos los que están en la guerrilla, siempre que no tengan las manos manchadas de sangre. Una opción que, sin embargo, no se sustenta en un análisis en profundidad del fenómeno del fundamentalismo y el terrorismo y que no cuenta con el apoyo de los familiares de las víctimas de la violencia integrista –que ha causado ya cerca de ochenta mil muertos–, que sostienen que no habrá paz sin justicia.

Con la elección de un candidato “único”, en Argelia vuelve el clima de partido único, como, por lo demás, ya se había dejado notar en el estilo que imprimió Bouteflika a la campaña electoral, durante la cual no dejó de fustigar a la prensa indepen-

Giuliana Sgrena es periodista, responsable de la Sección Internacional de // *Manifesto*

Traducción:
Mercedes Abad

diente. Estas elecciones podrían haber servido para que se abriera un proceso de democratización, y ha sido lo contrario. Se corre el peligro de que se cierren también aquellos espacios de democracia que fueron conquistados a costa de duras luchas.

El ex ministro de Boumedian se toma la revancha; aspiraba a la presidencia desde 1978, a la muerte del entonces presidente, del que era el delfín. Pero, el ejército que ahora le apoya, prefirió en aquel momento a Chadli Bendjedid. En ambos casos se trata –según un político que conoce bien a ambos– de personajes fácilmente manipulables: “de embalajes para rellenar”. Por tanto, si bien por primera vez todos los candidatos a la presidencia eran civiles, el traspaso de poder de los militares, que siempre han dominado la escena argelina, no es de momento más que pura fachada. Por lo demás, todos los candidatos negociaron previamente su presentación con el ejército, una estructura que ya no es tan homogénea como en tiempos del general Nezzar. Ahora las decisiones las toman exclusivamente las altas jerarquías.

Abdelaziz Bouteflika ha procurado influir en el sentimiento de muchos argelinos que añoran los tiempos de Boumedian, cuando, aunque hubiera represión y falta de libertad, al menos los servicios sociales estaban garantizados, gratuitamente, para todos, y el trabajo también. Ante todo, Boumedian era un hombre honesto, como muchos recuerdan y como repiten incluso jóvenes que no llegaron a conocer su régimen. Después de su muerte, la caída del precio del petróleo, el *boom* demográfico y la corrupción han llevado a Argelia al borde de la bancarrota. Pero Bouteflika no es Boumedian; se le considera un corrupto, que ha estado implicado en casos de malversación, aunque no llegara a ser condenado. Por otra parte, se retiró de la vida política y pasó veinte años exiliado voluntariamente en los países del Golfo, evitando tomar partido en el sangriento conflicto que ha desgarrado al país. Volvió con mucho dinero y encontró, para su elección, el apoyo de los clanes que detentan el poder económico, incluida la llamada mafia “político-financiera”, y, además, el del ejército, el de los favorecidos por el régimen y el de los dirigentes del sindicato Unión General de Trabajadores (UGTA), aunque esto ha suscitado las protestas de la base.

Bouteflika también contó con el apoyo localista de Argelia occidental, de donde es originario, en contraposición con la nomenclatura del poder político y militar, casi exclusivamente de origen oriental.

Con la elección de Bouteflika, parece que Argelia vuelve, en vez de a tiempos de Boumedian, a los de Chadli Bendjedid, en la década de los ochenta y primeros noventa. Incluso la postura respecto a los islamistas es, como entonces, de compromiso, que ahora asume la forma de “reconciliación nacional”, con un desprecio total por las decenas de miles de muertos, en su mayor parte civiles, de estos años.

El fuerte abstencionismo (por mucho que los datos oficiales den una participación del 60,25%, un dato bastante inverosímil dado que las mesas electorales estaban vacías el día de las elecciones), unido a la candidatura única, hacen poco creíble al nuevo presidente, tanto dentro como fuera del país.

Lo más importante es que Bouteflika no podrá considerarse presidente de las cabilas dado que en Tizi Ouzou, la capital de Kabylia, votó algo menos del 5%. La población beréber, aunque cada vez más ajena a ese poder, es la base electoral de Hocine Ait Ahmed, líder del Frente de las Fuerzas Socialistas

(FFS), uno de los seis que retiraron y que, en cualquier caso, ha regresado a Suiza, donde vive desde hace siete años, para curarse de un infarto que sufrió durante la campaña electoral, y de Reagrupación para la Cultura y la Democracia (RCD) de Said Sadi, que desde un primer momento defendió el boicoteo activo.

Las previsiones son catastróficas. Nadie cree que Bouteflika dure mucho, pero, entre tanto, el país, que vive una situación económica dramática, corre el peligro de precipitarse en el caos. Todos creen que se pedirán cuentas a fines de julio, después de la cumbre de la Organización para la Unidad Africana (OUA), que este año se celebrará en Argel, pues frente al papel internacional del país prevalece el espíritu de dignidad y orgullo heredado de la época en que Argelia, junto a la ex Yugoslavia, era una pieza clave en el movimiento de los no alineados. Entonces estaba ya allí Bouteflika, que ahora puede alardear de su pasado diplomático. Pero la forma en que ha sido elegido hace que se ponga en duda no sólo su presidencia sino también aquella herencia de relaciones internacionales que se consideraba una carta a jugar para que Argelia pudiera salir del aislamiento internacional. Las críticas, procedentes en su mayoría de Francia pero, también, de EE UU, han inducido a Bouteflika a reasumir los tonos más duros del nacionalismo y de la soberanía nacional contra la “injerencia externa”.

El único vencedor de esta campaña electoral ha sido el ex Frente Islámico de Salvación (FIS). De hecho, la única preocupación de todos los candidatos ha sido dar un impulso al diálogo con el FIS e ir a la caza del voto islamista. Y el FIS ha aprovechado la ocasión para apoyar activamente a su propio candidato: Ahmed Taleb Ibrahimi, propuesto ya en 1991 como posible jefe de un Gobierno islamista. Es más, incluso después de su retirada, el FIS siguió dando indicaciones de que se le votara y, en efecto, Ahmed Taleb Ibrahimi ha obtenido más de un millón doscientos mil votos. Es un resultado que los islamistas procurarán capitalizar. Pero el frente islamista se presentaba con un voto dividido; si el FIS apoyaba a Taleb Ibrahimi, el Movimiento Nacional para el Renacimiento (surgido de una reciente escisión de En-Nahda) presentaba a su propio líder, Abdallah Djaballah, perteneciente al ala radical. El Movimiento Social por la Paz (HMS, ex HAMAS), en cambio, después de haber visto excluido a su candidato, Mahfoud Nahnah, por no haber podido certificar su participación en la guerra de liberación (como prevé la ley electoral para los candidatos nacidos antes de 1942) y tras haber negociado con los “cuatro” de la oposición (Mouloud Hamrouche, Ahmed Taleb Ibrahimi, Hocine Ait Ahmed y Abdallah Djaballah), optó al fin por decantarse por el candidato fuerte. Una lógica “entrista” (para cambiar las cosas desde dentro) que ha inspirado HAMAS durante todos estos años y que ha llevado a los islamistas de Nahnah al Gobierno, donde ocupan siete Ministerios. Ciertamente, el apoyo a Bouteflika será recompensado cuando se forme un nuevo Gobierno, lo que se ha dejado de momento para después de la cumbre de la OUA.

Taleb Ibrahimi y los otros cinco candidatos que forman el frente anti-Bouteflika (a los “cuatro” terminaron por unirse, además, Mokdad Sifi y Youcef Khatib) no reconocen el resultado de las elecciones ni, en consecuencia, al presidente. Pero, ¿cómo piensan llevar a cabo su oposición? Este es uno de los interrogantes que se plantea hoy en Argelia y que despierta muchos recelos. Además, como los

*El único
vencedor de
esta campaña
electoral ha
sido el ex
Frente
Islámico de
Salvación
(FIS).*

El terrorismo no ha sido vencido, las masacres continúan, sobre todo en el oeste.

“seis” son absolutamente heterogéneos, representan fuerzas e intereses diversos pese a que proceden en su mayoría de las trincheras del ex partido único, el Frente de Liberación Nacional. Varios Ministerios han sido ocupados durante muchos años por el conservador-islamista Taleb Ibrahimi, mientras que el “liberal” Hamrouche, impulsor de la apertura de Argelia al libre mercado, y el “tecnócrata” Sifi han sido jefes de Gobierno. Djaballah es uno de los exponentes truculentos del islamismo radical, Khatib sigue siendo el coronel de tiempos de la guerra de liberación y Hocine Ait Ahmed es el único líder histórico que sigue en activo.

Todos hablan de movilización, pero los únicos candidatos que cuentan con una base organizada son Hocine Ait Ahmed, líder del Frente de Fuerzas Socialistas, y Ahmed Taleb Ibrahimi, que puede contar con los militantes del disuelto Frente Islámico de Salvación, que ha mostrado en esta campaña electoral una eficaz capacidad de recuperación en el plano organizativo. Pero el FIS también tiene una experiencia de enfrentamientos callejeros violentos en los años 1991 y 1992, antes aún de pasar a la lucha armada y al terrorismo y muchos temen que se pueda volver a una situación similar. Pues, si bien es cierto que la mayoría de los “seis” están más acostumbrados a manejarse en el poder que en la oposición, su retirada de las elecciones impone una acción política para evitar un efecto suicida. Los islamistas del FIS, por lo pronto, parecen decididos a capitalizar el resultado obtenido con una campaña que, en realidad, ha ratificado su regreso a la escena política. Aun cuando se mantengan unidos al grupo de los “seis” y afirmen, como ellos, que la elección de Bouteflika “no ha sido conforme a la ley”, reconocen de hecho al presidente al dirigirle una apelación en la que le piden cuenta de sus promesas. Después de valorar algunas de las afirmaciones que Bouteflika hizo durante la campaña electoral, los líderes del disuelto Frente Islámico de Salvación, en un documento firmado por los máximos exponentes del interior teniendo a su frente al número uno, Abassi Madani, piden al presidente la “convocatoria de una conferencia nacional de reconciliación con la participación de todas las fuerzas políticas”, así como la liberación de los presos políticos.

Los argelinos no han festejado la victoria de Abdelaziz Bouteflika, como en 1995, cuando la elección de Zeroual representó un voto contra el terrorismo. Ahora ostentan una mal oculta indiferencia que indica la enorme divergencia existente en Argelia entre la política y las exigencias de la población. El terrorismo no ha sido vencido, las masacres continúan, sobre todo en el oeste, pero es indudable que la situación, en lo que se refiere a la seguridad, ha mejorado, principalmente en Argel. Posiblemente haya habido también un cierto habituarse al terrorismo y la población, en la mayor parte del país, vuelve a llevar una vida “normal”. Pero no será fácil poner fin a un fenómeno al que el régimen tacha de “residual”, pero que continúa teniendo en jaque al poder argelino.

La mayor preocupación es, sin embargo, la motivada por la crisis económica, agravada por la caída del precio del petróleo, que el pasado año descendió a menos de 12 dólares el barril, superando incluso las previsiones más pesimistas. Ahora el precio ha vuelto a subir, pero esto no bastará para hacer frente a todos los retos que tiene ante sí el neopresidente Bouteflika. Por otra parte, ni la forma en la que ha sido elegido ni las reacciones francesas y americanas parecen lo más propicio para estimular nuevas inversiones en un país que sigue siendo con-

siderado de riesgo. Aunque es muy probable que entre EE UU y Francia se resuelva la tradicional rivalidad respecto al mercado argelino. La exportación de hidrocarburos (petróleo y gas, uno de cuyos principales productores es Argelia) representa la mayor entrada de divisas (cerca del 90% del total), destinadas en gran parte al pago de los servicios de una deuda externa que supone cerca de 30 mil millones de dólares. Se habla de un posible nuevo plan de reestructuración de la deuda con el Fondo Monetario Internacional, posibilidad que tiene muchos opositores y que incluso el Gobierno querría evitar, vistos los resultados de los planes precedentes. Ante todo la supresión de los subsidios y amortiguadores sociales y la aceleración de la privatización del sector público, lo que repercute en los trabajadores, que lo pagan bien caro. La privatización está creando además una diferencia enorme entre los salarios que se perciben en el sector público y los del sector privado, lo que está llevando a la clase media hacia un empobrecimiento acelerado y dramático. Otro problema es el que plantea la crisis de la vivienda, pese a que Argelia se haya convertido hoy en una inmensa cantera: se construye por doquier, pero el precio de los alquileres es prohibitivo.

Los privilegiados son aquellos que han usado el poder para acaparar industrias, que con frecuencia trabajaban al 50% de su capacidad y que ahora están siendo vendidas, en muchos casos a quienes han contribuido a su mal funcionamiento. La reestructuración implica un buen número de despidos, se habla ya de más de doscientos mil trabajadores que han ido a unirse a las apretadas filas de los que no tienen trabajo –aproximadamente un 30%– y golpea sobre todo a los jóvenes, un problema muy grave si se piensa que el 70% de los argelinos tiene menos de treinta años. La desesperación ha llevado a muchas personas en paro (ya se conocen al menos 60 casos) al suicidio.

Otro campo que los gobernantes miran con interés es el de las licencias de importación, particularmente codiciado y beneficioso para el sector farmacéutico (el argelino es uno de los más desarrollados entre los países del sur del mundo, según la Organización Mundial de la Salud), incluso se han constituido *joint ventures* para la producción en Argelia.

Dada esta situación, en los últimos años ha ido creciendo el mercado negro, basado en las importaciones de contrabando (el famoso *trabendo*), que se nutre sobre todo de jóvenes sin trabajo y que en parte está dirigido por redes islamistas que encuentran así un modo de financiación. Las mercancías son importadas de Europa (España e Italia principalmente), así como de Marruecos, Turquía y Oriente Medio (oro y tejidos). Es frecuente que el contrabando se haga por encargo. Estos *trabendistas*, a los que ahora se llama también *businesses*, son considerados hombres de negocio por los consulados europeos, los pocos que quedan abiertos, y así obtienen un visado, algo que muchos jóvenes argelinos consideran un espejismo.